

Ganar la guerra a la pandemia, también a la desigualdad y al estancamiento.

Las generaciones actuales nunca imaginamos vivir situaciones como las que ha traído consigo la pandemia de *covid-19*. Necesidad de aislamiento, paralización de actividades económicas y sociales cotidianas y extraordinarias, escaseces diversas, aumentos en los precios de artículos de consumo cotidiano y, quizá lo más inquietante, quererse asomar a cómo serán las realidades después de que se considere controlada la crisis sanitaria, aunque ya se anuncia que el *covid-19* llegó a este mundo, México incluido, para quedarse, algo a tomar en cuenta.

Lo más urgente, sin duda, es atender los problemas de salud. A ellos deben destinarse todos los recursos posibles, los haya donde los haya, considerando que se vive, en los hechos, en una condición de guerra: se combate a un enemigo real, que tiene sus armas propias y nosotros, no sabemos aun qué tanto tenemos. Y cuando se está en guerra, nos lo enseña la historia, se echa mano de lo que sea, sin pensar si algún programa de obra pública se difiere o si se echa a andar la máquina de imprimir dinero y después se verá qué pasa con el sobregiro. No quiero decir que se proceda irresponsablemente, ni política, ni social, ni financieramente, pero el combate a la epidemia debe ir por delante de cualquier política, programa o proyecto público. Estados Unidos, que no es nuestro caso, ya inyectó sus presupuestos con un déficit del 18%; y yendo a la historia, en la guerra contra el Paraguay, Brasil gastó el presupuesto que debía haber erogado en once años.

La pandemia ya golpeó la economía, la cotidianeidad social y familiar y el empleo, esto es, ya golpeó, degradándolos, los niveles y las condiciones de bienestar y las oportunidades de mejoramiento de prácticamente todo mundo. Sólo en estos últimos meses se han perdido, según cifras oficiales, alrededor de 750 000 empleos formales en nuestro país; y no se tiene contabilidad de lo sucedido en el campo, en la vasta provincia urbana y semiurbana y en la informalidad. Los sectores más débiles económicamente, en los que el hacinamiento en las viviendas es mayor, con servicios urbanos más deficientes, que cuentan con recursos monetarios más escasos, con acceso relativo más estrecho a programas institucionales, independientemente de qué tan afectados estén en lo sanitario, que sin duda lo están, son y serán en todos sentidos los más golpeados.

Diversas propuestas se han hecho públicas sobre medidas para superar la crisis múltiple que se vive. Todas plantean, entre otras cuestiones, la necesidad de recuperar el crecimiento de la economía y medidas para garantizar algún ingreso para los trabajadores y familias más agredidas por la crisis. No se ha querido abrir la oportunidad para llevar a cabo un debate amplio sobre las salidas a la crisis, que debiera contar con la anuencia de todos los sectores que necesariamente tienen que participar en las soluciones: gente de las áreas de la salud, académicos, agentes gubernamentales y representantes de los sectores laborales, campesinos, empresariales y financieros, para convenir acciones que a cada quien correspondieran y que pudieran llevar a atenuar los impactos negativos de la crisis y a configurar nuevos caminos para el progreso económico y el bienestar social. Ningún programa de acciones integrales para salir del atolladero, que se haya dado a conocer, se ha puesto en práctica.

Una consecuencia de esta crisis múltiple que es ya evidente, es que ha acentuado la desigualdad social; otra, que el crecimiento económico ha caído fuertemente.

En estos meses de crisis una cosa ha quedado muy clara: si de fondo se quieren superar los problemas que la crisis ha agudizado o aquellos que ha hecho aflorar, no se puede simplemente volver a hacer lo mismo que se estaba haciendo en el presente o en el pasado inmediato, ni en el mundo ni en México. Para no seguir en una crisis profunda, que pudiera resultar interminable, no se deben seguir poniendo en práctica las mismas, o sólo las mismas, políticas sociales y económicas.

Después de la prioridad de atender la salud de la gente, dos cuestiones, desde mi punto de vista, deben atenderse con prioridad: la recuperación del crecimiento económico y la disminución de la desigualdad social.

Para recuperar la economía es indispensable la inversión. El crecimiento de la economía difícilmente podrá lograrse a partir sólo de unos cuantos proyectos puntuales, por alta que sea su inversión pero cuya prioridad en un esquema de planeación a mediano y largo plazos debiera revisarse, tanto territorialmente como en sus tiempos de ejecución. Se tiene que ir a un esquema general y amplio de planeación democrática, que considere corto, mediano y largo plazos, que con racionalidad asigne los recursos a los programas sociales - salud, educación, cultura-; económicos -industriales, agropecuarios y forestales-; de desarrollo regional integral; de ciencia, tecnología e innovación; que prevea fuentes de recursos, etapas de inversión y tiempos de ejecución, así como responsables y una indispensable rendición de cuentas.

Las políticas sociales no pueden ser las neoliberales del *pobrismo*, como las llama para su país (y aplicables al nuestro) Roberto Mangabeira Unger, conocido profesor y político brasileño, esto es, transferencias sociales o "*medios que no les garanticen [a la gente] la oportunidad de ascender y que no desafíen las causas de las grandes desigualdades*" y que en los hechos nieguen las oportunidades de "*democratización de las oportunidades y de capacitación*", así como la "*falta de compromiso con iniciativas que cambien la distribución fundamental de ventajas*".

Es decir, es imperativo innovar en nuestras políticas de salud -salud y seguridad social universales-, educación -cobertura universal en los ciclos constitucionalmente obligatorios; educación con orientación progresista y humanista en los ciclos básicos; garantía de acceso y permanencia en la educación superior, a condición de satisfacer los requerimientos académicos; calidad de punta-, cultura -fomento a la creación cultural y acceso a las manifestaciones culturales mundiales y nacionales-, y de manera amplia y efectiva, garantizar el ejercicio de los derechos ya reconocidos en la Constitución, hacerlos exigibles a los mexicanos todos -al trabajo, a la salud, a un medio ambiente sano, al agua, a vivienda digna y decorosa, a la cultura, al deporte, etc.-.

Tenemos que plantearnos también una nueva vida institucional, en la que los avances democráticos sean una realidad: vigencia de un efectivo Estado de derecho; sistema de planeación obligatorio para los sectores públicos; apertura de oportunidades de participación ciudadana -de manera directa o mediante delegación- en decisiones que

afecten la vida colectiva o individual; y, entre las muchas cuestiones que quedan pendientes, llevar a cabo la indispensable reforma hacendaria-fiscal-tributaria que al tiempo que permita obtener mayores recursos para las inversiones que demanda el desarrollo del país, contribuya a una verdaderamente equitativa distribución del ingreso.

Superar la crisis debe significar mejorar. Y mejorar, no puede ser en el futuro que nos ofrece la situación que hoy vive, que hoy vivimos, en nuestro país.

Cuauhtémoc Cárdenas.
Ciudad de México, mayo del 2020.